

CUENTO:—

EL CAMAFEO

Por JOSÉ SANZ Y DÍAZ

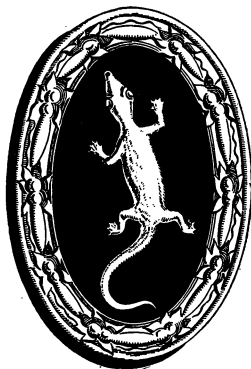
Caía la tarde y estábamos sentados en la terraza cosmopolita de un moderno café de la Gran Vía. La silueta gigante de la Telefónica, con su sobrio ropaje de cemento y ventanas, se destacaba al fondo de la avenida.

—He ahí un ejemplo vivo del progreso humano y de la audacia arquitectónica de nuestros días—dijo mi amigo Torres, trotamundos infatigable, que había retornado recientemente de uno de sus largos viajes a través de tierras exóticas.

—Sí, es cierto—reforzó Díez, médico notable y humorista *ad hōndrem* de nuestra "peña". Mal papel harían en estos rascacielos las brujas, los duendes, y... demás caterva de seres imaginarios como fueron creando, a través de los siglos, la superstición y la neurastenia.

Reímos todos de buena gana la salida del *doctorillo*, como íntima y fraternalmente le llamábamos, mientras el mozo ponía ante nosotros cinco copas estilizadas y agitaba el *cockman* el obús imponente de su coctelera.

—No sé qué te diga—repuso Luis Torres, sin retirarse. Es posible que las hadas, los tragos, los gnomos y las brujas hayan desaparecido de la faz de la tierra, ahuyentados por la ola escéptica de este siglo materialista. Pero allá, en el fondo de las almas, en los últimos repliegues del subconsciente, la superstición queda. Yo sé—siguió Torres, que poseía una sólida preparación científica—que la



superstición es una tontería, sin explicación posible. Pero cuando se ha viajado mucho, viendo en las más opuestas latitudes tantas y tantas cosas misteriosas, inexplicables, que hubiera sido absurdo atribuir a la casualidad... surge la duda.

—Veréis lo que me sucedió a mí con un viejo artístico camafeo que le compré a una gitana en Toledo. En mis cartas no os lo he querido referir por temor a vuestras burlas o a que dudarais de mi estado mental.

Apuramos el brebaje exótico con el mismo placer que si fuera aceite de ricino, fuimos dejando sucesivamente las copas en torno a un cactus agresivo que ponía sobre la mesa metálica el símbolo de un modernismo absurdo, nos arrelle-

namos bien en las sillas *Rolaco*, y Luis Torres pudo seguir de nuevo:

—He sido siempre admirador de Toledo; para mí la vieja ciudad de los concilios es un rico museo que encierra en sus muros muestras valiosísimas del arte de todas las épocas y de todos los tiempos. De ahí que estando yo en España vaya a ella con bastante frecuencia.

Una tarde que miraba absorto el aspecto muslín y romántico del Zocodover, cercano al antiguo barrio Al-Hisén de los árabes, se me acercó una gitana vendedora, tan vieja y renegrida, que más que anciana de nuestro tiempo, parecía una bruja del siglo XIII. Bien recuerdo el extraño fulgor de sus ojos negríssimos, acerados, hundidos profundamente en las cuencas sombrías, con un reflejo de enigma y de misterio. Me ofrecía un camafeo.

La joya estaba admirablemente labrada y representaba un repulsivo reptil cuyo ojos eran dos pequeños carbunclos de pedrería que brillaban aún más que las siniestras pupilas de la gitana. El precio que exigía por él era una barbaridad y yo, naturalmente conociendo la psicología de esta clase de gente le ofrecí la décima parte. Aceptó mi oferta después de haberme insultado varias veces con la mirada susurrando palabras incoherentes por lo bajo; pero que tenían un marcado y sordo acento de cólera, suscitado, sin duda alguna, por lo que ella juzgaba mi tacañería.

Algunas semanas después estaba

yo en Cádiz, esa bella ciudad andaluza que, al decir de García Sánchez, "es como un pañuelo blanco que le dice adiós a los navegantes". En este puerto me había de embarcar en breve para América y al ir a despedirme de un grupo de escritores gaditanos, buenos amigos míos, les enseñé la joya, ante cuya vista todos tocaron medera e hicieron un gesto de temor.

—¡Ja, ja, ja!—exclamé, riéndome de la mejor gana. ¡Os asusta una obra de arte, un primoroso camafeo?

—Mejor querría yo—dijo por todos uno de ellos—encontrar una vibora en mi lecho, que llevar esa joya en mi poder al emprender un largo viaje.

—Pero, ¿por qué?

—Porque así como hay objetos raros que son portadores de la buena suerte, hay otros cuya sola vista sugiere la desgracia. Te lo aseguramos y hasta te podemos citar un ejemplo reciente. Un inglés compró en Sevilla un camafeo parecido a ése y a las dos semanas apareció asesinado en plena Plaza de España, en Melilla. El móvil del crimen no pudo ser el robo, pues se le halló la cartera cargada de billetes e intactas todas sus joyas.

La policía, requerida por el Cónsul inglés, trabajó activamente para aclarar el suceso; pero, inútilmente, pues aún permanece el crimen sumido en el más espeso e inexplicable misterio.

—No digáis más, es inútil: soy un escéptico. Abur.

—Adiós, adiós. ¡Ojalá nos equivoquemos!

A los pocos días tomé plaza a bordo del "Hernán Cortés", un gran navío a todo confort, sólidamente construido y completamente nuevo. La hermosa nave abandonó con un tiempo magnífico las alegres costas de Andalucía y al correr de las horas primeras todo marchaba a maravilla.

Mas a los dos días de navegación, de repente, el cielo se encapocó

tó de espesos nubarrones y la mar, agitada por el viento, tomó un aspecto sumamente triste.

Poco mas tarde, las ráfagas enfurecidas llegaron a constituir un peligroso ciclón. Se hubiera dicho, y ya empezaba a pensarlo, que una furia sobrenatural atacaba al "Hernán Cortés". Pasaban chillando las gaviotas agoreras y las olas monstruosas se ceñían con furia de amantes vesánicas al cuerpo estremecido del vapor. Atrás, se estrellaban sobre cubierta y la sólida nave empezó a ser débil juguete del viento y de la mar.

La idea de arrojar el maldito camafeo al agua cruzó, luminosa, uno segundos por mi mente. No lo hice. Mi amor propio, herido en lo más sensible, se rebelaba contra la estúpida obsesión de dejarse atemorizar por un objeto inanimado.

La situación empeoraba de minuto a minuto. Olas gigantes y

monstruosas, festoneadas de espuma, se retorcián en el espacio para luego sepultarse rugiendo en los abismos. Pero mi testarudez supo sobreponerse a la cobardía del instinto y aunque el peligro arremataba, no arrojé la joya al mar. El mismo capitán del barco creía que nos íbamos a pique; pero, afortunadamente, no fué así. La tempestad amainó y el "Hernán Cortés" de nuevo reanudó su marcha, mientras yo contemplaba absorto, sobre subierta, el camafeo misterioso de la gitana. Su poder malféfico había sido vencido, pero para siempre.

La travesía terminó sin incidentes. Desembarcamos en el puerto de Santos, en la costa brasileña, y desde allí me dirigí a la capital de Bolivia, meta de mi viaje a la América meridional.

Jamás he corrido tantos peligros en ninguna de mis expediciones

(Pasa a la pag. 18)



Ahora si tenemos que dar con él....o es este, o este!

EL CAMAFEO...

(Viene de la pag. 15)

como las que pasé en la travesía del Gran Chaco, la vasta y salvaje región de las estepas que hoy se disputan encarnizadamente dos pueblos hermanos: Bolivia y Paraguay. Todavía recuerdo el viaje con horror. Me mordió una serpiente venenosa, de resultados de lo lo cual cogí una fiebre tan maligna que era impotente contra ella la abundante quinina del país. Para colmo de mis desdichas, al mejorarse un poco, los indios salvajes del interior asaltaron mi campamento, mataron a mis guías, y tras de robarme el equipaje, me dejaron abandonado y sin armas en medio de los inmensos bosques del Chaco boreal. Figuro a mi situación, sin nada con que defenderme del posible ataque de las fieras, sin vendas ni medicinas con que curar mis heridas, llegó un momento en que sentí deseos de hallar la muerte como fin de tantas calamidades.

La guerra estaba declarada entre el camafeo y yo; porque la extraña joya parecía tener alma, un negro espíritu que me odiaba. Pero yo, aunque me costase la vida, habría de ser el más fuerte. Presentía que desembarazándome del amuleto mis desgracias cesarían; mas esto, nunca, antes todo. Tomé con furia el camafeo en mi mano derecha, y gocé de rara manera al considerarlo que era mi esclavo, que no podía huir de mi poder. Luchaba con él hasta exhalar el último suspiro.

La alta fiebre que mis heridas producían exaltaba mi mente dolorida y estaba orgulloso de haber emprendido tal guerra sin cuartel contra la superstición.

Después de días y días de errar por las selvas del Gran Chaco, llevando una existencia digna de relatarse con la pluma del Dante, pude llegar a La Paz, meta de mi itinerario. Respiré triunfalmente, mirando en desafío al raro camafeo.

Habíale vencido y todo, de nuevo, comenzaba a sonreírme.

Empecé a recorrer la capital de Bolivia y sus hermosos alrededores; hice visitas y asistí a fiestas. En una de ellas, dada en el Casino Español, conocí a Carmen Vega, hermosa muchacha, hija de un compatriota nuestro que explotaba grandes industrias en La Paz. No tengo que hacer elogios de ella, lleva mi nombre, es mi esposa y vosotros la conocéis. Nuestras nupcias se celebraron alegremente en una espléndida villa de recreo que mi suegro poseía a varios kilómetros de la capital.

Al otro día, el suntuoso chalet fué pasto de las llamas, sin que hayamos podido averiguar aún las causas del extraño incendio. Mi mujer y yo nos salvamos de milagro y Carmen, que siempre gozó y goza de una salud perfecta, cayó súbitamente enferma, estando a dos pasos de la muerte.

Avisamos a varios médicos famosos, entre ellos al Dr. Arjona, español, con residencia en La Paz desde hacía unos diez años, hombre célebre por su saber; pero siempre triste, como si el pulpo de una honda preocupación le tuviera oprimido el espíritu. Los esfuerzos de la ciencia resultaban estériles y mi desesperación crecía al ver a Carmen morir lentamente. ¿Sería el camafeo de la gitana la causa de su muerte? ¿Cómo oí la maldita joya en el silencio de largas noches!

Pero un día no pude más, no tenía fuerzas ni valor para seguir luchando, y llamando aparte al Sr. Arjona le conté la extraña historia, al terminar la cual el médico célebre estaba pálido como un difunto.

—¡El camafeo maldito! —murmuró siniestramente. ¿Dónde está? ¡Yo lo reconoceré si es él!

—Aquí lo tenéis—le dije, mostrándoselo.

—¡El mismo! Tiene ahí grabada una inicial y una corona: el apelli-

do de mi madre, el emblema de los Vélez. Mi pobre mamá fué asesinada y robada por unos gitanos cuya pista fué imposible hallar. Los asesinos se llevaron también el camafeo.

—No me atrevo a devolvérselo, ya que su posesión implica la aduersidad...

—¡Démelo! —me dijo bramando de ira. Es preciso destruirlo como se aniquila una bestia inmundada y feroz.

Instantes después se dirigió a una fragua y, a martillazos, lo mandó destrozarse.

—Reid, si queréis—terminó Luis Torres; pero Carmen mejoró rápidamente y yo salí bien de todas mis empresas.

El retorno a España ha sido un encanto, el mar estaba como una balsa de aceite y, después de la desaparición del camafeo maldito que me vendió en Toledo la gitana vieja de los ojos negros, no he vuelto a sufrir el menor dolor ni a acacharme el más leve peligro...

Al fondo de la Gran Vía la mole imponente de la Telefónica llenaba el bulevar de cemento y de ventanillas.

JOSÉ CASTEN...

(Viene de la pag. 11)

pocos de sus íntimos sostenedores y amigos conocen.

En resumen, la vida de José Castén Zulueta, como ciudadano particular lo mismo que como servidor público, es como una casa de cristal visible a todos y por todos lados, de manera que cualquiera puede ver el interior de ese gran edificio—ese noble templo espiritual, no manchado por la codicia, ni por el odio, ni por el dinero ni por el ansia de poder.

Eso es, en fin, el Honorable José C. Zulueta que, según el parecer del finado Presidente Manuel Acuña Roxas: Es un hábil caudillo, patriota sincero y celoso."